

que ocupemos, la dependencia será nuestro destino... Sólo habría una especie de independencia a la cual podría aspirarse: la que da la filosofía. Pero la filosofía no libra al hombre en absoluto de todos sus vínculos: le conserva los que ha recibido de manos de la razón. No lo hace independiente en absoluto, queda siempre dependiente de sus obligaciones. Y por eso esa independencia no es peligrosa: no toca en absoluto a la autoridad del gobierno, ni a la obediencia debida a las leyes, ni al respeto que merece la religión.

Tan cauteloso discurso estaba destinado a quedar sin bases con el triunfo de la revolución americana. Condorcet puntualiza cómo la insurgencia al otro lado del Atlántico revolucionó el pensamiento europeo: «Se vio entonces, por primera vez, a un gran pueblo liberarse de todas las cadenas, y darse por sí mismo, tranquilo, la constitución y leyes que juzgaba propias al logro de su felicidad. Esta gran causa fue defendida ante el tribunal de la opinión, en presencia de toda Europa; los derechos del hombre fueron sostenidos con ardor y expuestos sin restricciones ni reservas en escritos que circularon con toda libertad desde las orillas del Neva hasta las del Guadalquivir. Todo esto penetró hasta en las regiones más sometidas, en los pueblos más atrasados, y los hombres que allí vivían quedaron admirados de oír que ellos tenían derechos, aprendieron a conocerlos, y supieron de otros hombres que habían osado reconquistarlos y hacerlos suyos. La revolución americana debía, muy pronto, extenderse por Europa».

Hegel se mueve dentro de un mundo cerrado a estas consideraciones. En 1830 América ya tiene un pasado que para nosotros es más historia que la revolución francesa, discutida y estudiada por él. Más aún: como revolución, la nuestra es más radical y multitudinaria. Fue una consecuencia de la emigración de los europeos que vinieron a construir en el otro lado del Atlántico un Nuevo Mundo. Éxodo único en la historia de Occidente. En la revolución de la Bastilla, el pueblo de París se moviliza para imitar un proceso americano: el de la república. Entonces, lo que se consideraba en Francia como Revolución, con mayúsculas, lo que publicaba la prensa de París, era la revuelta de Filadelfia. Este movimiento de los emigrados ingleses anunciaba un cambio profundo en las ideas filosóficas de Europa... Hegel no vio la raíz americana, como no vio en la proclamación de los derechos del hombre por la Asamblea Nacional una copia de la Constitución de Virginia. No detectó el hecho del fracaso mismo de la república en Francia que duró apenas de 1789 a 1795, cuando vino el Directorio, que rápidamente cedió el paso al Imperio. En América, no digamos la república de Estados Unidos, proclamada trece años antes que la de Francia, pero hasta la chiquitita de Colombia, proclamada como las del resto de la América española en 1810, lleva por el momento 178 años de existencia sin interrupción, cosa que para un prusiano como el profesor Hegel algo debería contar.

Son notorias las deficiencias del régimen democrático en nuestra América, pero ¿y en el resto del mundo? ¿Acaso hemos tenido nosotros interrupción de todas las libertades tan sangrientas como las de Hitler o Mussolini? Pensaba en 1830 Hegel que no valían una línea de su filosofía los nueve años de la república de Colombia pero si los cinco de la república francesa que pasó de la toma de la Bastilla al terror de Robespierre. ¿Era correcta su conclusión de que la constitución monárquica era la mejor de todas, cuando tenía a la vista la república de Estados Unidos, con más de medio siglo

de vigencia? Es notorio que América sólo tenía trescientos años de vida cuando Hegel enseñaba en Berlín, pero un proceso de tres siglos algo tiene que significar para quien formula una Filosofía de la Historia, y registra, para fundarla, cuanto ocurre en Europa en ese tiempo, ignorando únicamente lo que hacen los otros europeos que han emigrado, cansados de vivir las injusticias de Europa. Si hoy los hijos de los españoles o los portugueses o los polacos o los irlandeses en el Nuevo Mundo suman una población que sobrepasa a la de los hijos de los mismos abuelos en Europa, hay que concluir que lo que está ocurriendo en el otro lado del Atlántico no es detalle sin importancia. Cuando Hegel dice que América sólo será, cuando en ella se imponga el espíritu germánico que está iluminando la pantalla europea, cierra los ojos ante la evidencia de que los emigrantes que masivamente están saliendo del Viejo Mundo hacia el Nuevo se marchan porque son la antítesis beligerante de lo que dialécticamente deja allá.

La idea de independencia, que para Hegel es emanación de la libertad espiritual que orienta a los alemanes a partir de la Reforma, nosotros la encontramos como un ideal o pasión íntima en los rústicos campesinos ibéricos que se lanzan a colonizar en América para liberarse de las leyes españolas. Es duro enfrentar esta ideología bárbara de los humildes a la arrogante superioridad de un profesor de Berlín, pero cuando se llega al comienzo de la guerra de independencia en la América hispana nadie por acá se va a buscar su arrolladora dinámica en el mundo alemán que tuvo sus caudillos en Venezuela con Ehinger, Federman o Hehermuth en el siglo XVI. Lo que ellos traían en sus corazas nada tiene que ver con la filosofía de Hegel. El despertar más notable de la independencia en el mundo es un caso que se produce en América. Desligarse de los cuatro imperios más grandes de los últimos cinco siglos es algo tan extraordinario que por sí solo da materia para un libro más denso, más extenso que el de la historia salida de las clases de Berlín. Cuando he dicho que América es el continente de la emancipación europea, no he inventado una novedad, sino registrado un hecho de comprobación elemental. Aquí tuvieron que emanciparse ingleses, alemanes, españoles o portugueses, por encontrar en este continente el único lugar del mundo en donde estas cosas son posibles. Cuando la Ilustración en Europa, América era sólo esa palabra atrevida que condenaban los de la *Enciclopedia* francesa. Con la idea americana de la independencia se hizo la emancipación de Polonia con caudillos como Polaski y Kosciuzko formados en Norte América o la de Italia con Garibaldi formado en Sur América. Pero que se oiga bien: desde el siglo XVI ya los españoles emigrantes traían la idea de emanciparse en la mente. Y no es raro que así como Washington y Jefferson nacieran en el Nuevo Mundo en hogares de emigrantes, lo mismo ocurriera con Bolívar, San Martín, O'Higgins o José Martí, nombres todos que forman parte de una nueva historia universal, acéptelo o no la ciencia de los historiadores del Viejo Mundo.

La discrepancia que tendríamos con el libro de Hegel llega al origen mismo de las palabras, empezando por la expresión Nuevo Mundo, que en nuestra lengua americana tiene un significado radicalmente opuesto a estas palabras del profesor de Berlín: «El Espíritu Alemán es el Espíritu del Nuevo Mundo...» El Nuevo Mundo, como protesta, se construye en América, y es la rebelión más a fondo que se haya expresado para buscar un nuevo espíritu de las leyes. La filosofía se escribe apoyándola en hechos, y los hechos toman una proyección inesperada cuando los hombres se sienten libres en

América. Está en lo justo el profesor alemán cuando dice que «la historia del Mundo no es otra cosa sino el desarrollo de la idea de libertad», palabras de indiscutible belleza y hermosura que podrían complementarse con éstas de Simón Bolívar: «La libertad de América es la esperanza del Nuevo Mundo». Es notable que un guerrero americano haya podido proyectar en otra dirección el pensamiento que el mismo profesor equivocó de blanco.

Hay un momento en la formación de las ideas políticas en que, por independizarse, todos dieron la vida. Es tan notorio el caso de estas guerras unidas como no las ha conocido Europa, que no verlo equivale al volverle la espalda a la realidad.

Con una agravante. Lo americano tiene el ingrediente indígena y el de la sangre europea. Los Washingtons y Bolívares y San Martines y O'Higgins... hasta Martí, son hijos de familias tan europeas como la de Hegel. En Norte América se forman los generales que acaudillan la liberación de Polonia y en Sur América Garibaldi, el abanderado de la independencia italiana. Si lo que entusiasma al historiador europeo es la guerra, pues que tome nota de una que se extiende a todo un continente y en que salen derrotados los ejércitos ingleses, franceses y españoles que combatían contra la independencia americana. El caso más conmovedor es el de Haití, donde los negros que habían vendido sus hermanos a los ingleses, para que los ingleses los revendieran en el Caribe, se alzan y acaban derrotando al más famoso de los emperadores, Napoleón, que con solo un decreto personal había borrado la liberación de los esclavos proclamada en Puerto Príncipe.

La gran dificultad que tiene un historiador iberoamericano para contradecir a Hegel está en que la mentira de su *Filosofía de la Historia* es de tal magnitud que aplasta y confunde. Trajo Europa al Nuevo Continente la dependencia. Es de la esencia de su régimen colonial el privar a los súbditos del derecho a gobernarse. Por eso el movimiento de contradicción y rebeldía en todo el continente, se llama de independencia y es de nuestra invención. Ahora el sabio dice que esta es cosa de los blancos de su tierra... Entonces ¿de quién nos independizamos? Cuando se lee en las primeras crónicas de la conquista los suicidios masivos de indígenas que preferían arrojarse por los despeñaderos antes que quedar bajo lo que ellos entendían como un yugo inadmisibile, esos analfabetos rústicos estaban dándole una respuesta anticipada al profesor de Berlín, cuya filosofía debemos ignorar por cuanto, con los ejemplos que da, viene a poner en posición inestable la belleza original del mecanismo dialéctico. Tal vez no haya otro punto más seductor para el estudio del descubrimiento de América a quinientos años de 1492, que este de ir hacia el encuentro de nuestra identidad por los caminos de nuestra independencia. Lástima grande que no nos acompañara en esta exploración el hombre más sabio del mundo alemán.

Germán Arciniegas

